

De los otros

De los otros
MARIANO PEYROU



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright: © MARIANO PEYROU, 2016

Primera edición: 2016

Imagen de portada

KARL SCHMIDT-ROTTLUFF, *Náves /Green*, 1920,
olej, plátano / oil on canvas, 88 x 101 cm

© KARL SCHMIDT-ROTTLUFF, VEGAP, Madrid, 2016

Photo © National Gallery in Prague, 2016

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madraza, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión

KADMOS

ISBN: 978-84-16358-91-5

Depósito legal: M-1365-2016

Impreso en España

A Daniel
A Luz

ÍNDICE

Viernes	11
Sábado	53
Domingo	123

VIERNES

Irritado y alegre, trató de abrir la puerta del coche pero no pudo, subía pero no abría, hasta que Pola se dio cuenta y apretó un botón y él pudo entrar. Llegas tarde. Muy tarde. Ya te lo avisé, dijo Pola. Sí, pero no tanto. Además, no me gusta que te quejes cuando vengo a recogerte. Si prefieres, quedamos en la puerta de mi casa, ya verás qué puntual puedo llegar a ser. Vamos, dijo él, no te voy a privar del placer de ser mi choferesa. Te lo digo en serio, Tico, no me gusta que protestes. Pero ¿qué es esto, la revolución francesa, la toma de la Bastilla? La toma de la pastilla, contestó ella, tienes que acabar de una vez con esta fase maniaca. Te prefiero cuando estás depre. No me lo creo, dijo él. Cuando estoy depre no te llamo. Aunque a lo mejor sí, me prefieres por eso. No, ya sabes que tienes que llamarme siempre, tratar bien a Pola, ser divertido y no protestar. Usted me confunde, señora.

Dentro de un momento, Pola iba a arrancar y preguntar hacia dónde tenía que ir para coger la autopista que, después de unos cuantos semáforos de viernes por la tarde, se presentó ante ellos como un trámite que resolver y como un fin en sí mismo, respectivamente, aunque ya estaba oscuro y Tico había querido llegar de día. Como si no tuvieran nada de qué hablar, Tico buscó en su bolsa y puso un disco. Después la lanzó con excelente puntería al asiento de atrás.

¿Qué haces?, preguntó Pola. No te pega nada. Ahora escucho estas cosas. Me apasionan estas cosas. ¿De verdad? Escucha, sé que a ti también te va a gustar. Claro que me gusta, lo que no entiendo es que te guste a ti. ¡Si suena bien!, dijo Pola. ¿Qué estás sugiriendo con tanta sutileza?, preguntó él. Nada, nada. Vale, entonces calla y escucha. Escucha tú, Tico, esto que te propongo sí que es un temazo. ¿De verdad te apasiona

escuchar esta música o lo que te apasiona es la imagen que tienes de ti mismo cuando la escuchas? ¿Eso es un temazo? Lo hemos hablado mil veces, es lo único de lo que se puede hablar conmigo. Pero Tico, te veo en baja forma, dijo ella. Si te has olvidado la ironía en casa, todavía podemos volver. Él siguió como si el comentario no le molestara, como si se hubiera olvidado en casa la susceptibilidad. No puedo distinguirlo, me apasionan las dos cosas. Todo significa algo, más allá de lo que es, ¿no? Todo remite a otra cosa. Estamos condenados a la interpretación, a la lectura, le fôret des symboles, siempre es lo mismo. Claro, por eso digo que no te A veces quisiera ser un señor sencillo como los de los pueblos que vamos a atravesar dentro de un rato, el aperitivo de los domingos y ¿Sencillo en un pueblo? No aguantas ni dos días. No sé ni cómo vas a poder estar todo el fin de semana sin leer el New York Times. Ya verás, dijo él. No me vas a reconocer cuando me veas ordeñando las vacas antes de que salga el sol. Y ahora calla de una vez que te lo pongo de nuevo.

Puso el dedo sobre las dos flechitas que apuntaban hacia la izquierda y las cuatro cuerdas comenzaron a la vez, una sábana que los cubría en una tarde de invierno, una progresión previsible hasta que, a punto de concluir lo que se percibía como un ciclo cerrado, se abrió una ventana, un atardecer entraba convertido en viento, en algo que suprimía la costumbre de referirlo todo a lo visual que sin embargo pugnaba por retornar, un viento de colores, un viento de algún color triste si lo hubiera, la asociación de colores y emociones no tiene sentido fuera de contexto pero una vida naranja y roja, cuarenta años de rojo y naranja y ahora un azul grisáceo, parecía un fin de ciclo pero al instante se corregían las expectativas y resultaba que el ciclo no terminaba ahí, ya se intuía que iba a durar exactamente el doble y toda esta segunda parte sería un recorrido por zonas desconocidas pero marcadas por el recuerdo de lo anterior, otra vez lo espacial, de algún modo la vista, habría que ser ciego para captar lo espacial con el oído o el olfato, para escuchar música sin tantas adherencias. El gris azulado había interrumpido el

atardecer y ahora la voz, el agudo de una voz de niño que llamaba a su madre, a la madre de Cristo. Otra voz, algo más. Podrían haber sido las de ellos dos salvo por el juego de ecos, de encuentros y distancias, de repeticiones y variaciones que captaban respectivamente Pola y Tico.

Es maravillosa, dijo Pola al cabo de un rato, como si eso fuera suficiente. Bueno, ¿cómo estás? Buf. ¡Vaya, mucho mejor que la última vez! Sí, pero de todas maneras... Sólo tengo un motivo para no suicidarme, y es el miedo a arrepentirme después. ¡No seas tiquill!

Lo habían hablado mil veces: cada placer es indisociable de la imagen que proporciona al sujeto, decía Tico, y Pola, cuando lo admitía, añadía que en algunos casos el placer en sí era lo fundamental y la parte de la imagen era mínima, mientras que en otros el placer principal procedía de la imagen, lo que en ciertos círculos se llama pose, decía Pola para confirmar que le gustaba más la gente que disfruta de un modo sencillo, decía Tico, aunque no estoy tan seguro de si su forma de disfrutar es realmente así o sólo lo parece, estas cosas no se pueden medir, o sea, sólo tú crees poder medirlas. Todo lo que quieras, dijo Pola en Bruselas, pero aunque sea indemostrable ahí hay una verdad y todos la compartimos. ¿Todos?, dijo Tico, y la miró creyendo que ponía cara de escepticismo risueño donde Pola veía ausencia de argumentos. Por ejemplo, dijo Tico, deberías ir al auditorio de vez en cuando y fijarte en la gente que está ahí con Beethoven. Eso no tiene nada que ver, dijo Pola, ésa es la pose para afuera y estamos hablando de la otra. Tienes razón, dijo Tico, deja que piense otro ejemplo. ¿Otro?, dijo Pola. Si todavía no has puesto ninguno. Vale, dijo Tico, te voy a poner un ejemplo al revés. Yo he estado estudiando a Webern desde los quince años, hay partituras que conozco de memoria, ya sabes, y por muy auténtica que tú y cualquiera consideréis mi pasión por él, siento que hay un placer añadido, el placer de verme desde fuera estudiándolo. Así que todos no la compartimos. ¿Desde cuándo te consideras parte de todos?, dijo Pola, cambiando de tema. Paseaban por

Bruselas y Tico estaba deprimido porque había decidido dejar a su novia y Pola lo torturaba compasivamente.

Avanzaban en la oscuridad, avanzaba, hacia adelante, hacia dentro, se dejaba a sí mismo atrás, afuera, una salida de un par de días era una aventura, un contacto con otra dimensión de su vida, otra gente, otros horarios, otros objetos, las farolas iban quedando a su espalda y eso era el infinito, pero también los caminos adyacentes estaban iluminados, los carteles mal puestos, las flechas que no se sabe hacia dónde apuntan, ciertas indicaciones demasiado tarde, las imperfecciones de los otros que a los otros no parecían causarles tanto trastorno como a él.

En Bruselas había pasado precisamente eso: las cosas habían empezado a significar demasiado, todo. Todo significaba todo, símbolos, símbolos por todas partes, una parálisis provocada por un exceso de posibilidades. Como círculos concéntricos, había que decidir si el placer estaba en la cosa en sí o en la relación con la cosa, no, en la relación con la cosa o en la percepción de la relación con la cosa, y como si esto último fuera algo sucio, había que limpiar, desbrozar, quemar, purificar para acceder a no se sabe qué, una esencia, había ahí algo de la escolástica interfiriendo en su vida y Tico no podía dejar de notarlo, a veces con sarcasmo, a veces con angustia. Del cura interior hacía mucho que no se acordaba cuando en Bruselas se había dado cuenta de su poder. En el tren hacia Bruselas se había divorciado de su novia Tania, había razonado que no podía seguir con ella, ya hacía tres meses que se escribían cartas, una en Madrid, otro en París, y la relación se había convertido en algo demasiado oprimente. Vivía condicionado, tenía que escribir al menos una carta cada cuatro días, Tania marcaba el ritmo y se estaba convirtiendo en la dueña de su destino. Además, había ido a visitarlo a París. ¿Pero no la invitaste tú, insististe muchísimo?, preguntó Pola en Bruselas, frente a una taza de té. Claro, contestó él, pero eso fue al principio, cuando todavía Además te encantó que te visitara, dijiste que era por fin Sí, pero ahora ya

estoy un poco harto. Tiqui tiqui tiqui, tranquilo, no pasa nada, tienes novia. Ya verás qué bien. Ya no tengo, la he dejado en el tren. ¿En el tren? ¿Le has escrito desde el tren? No, la he dejado por telepatía, luego creo que la voy a llamar. ¿Cómo que la vas a llamar? ¿Ya te has agobiado? Espera un poco, esto tenemos que hablarlo entre todos. ¿Todos, Pola? Claro, tú y yo, ¿no? Claro. De todas maneras, no hay nada que hacer; mi decisión es firme, ancla que sujeta al paquebote junto a la plataforma petrolífera en el mar del Norte. Así, en Bruselas, habían surgido las metaforadas, metáforas desafortunadas que expresaban el reverso de lo que expresaban, la vida con otro enfoque, la alquimia que transformaba la amargura en agridulce, eso creía Tico, o fingía creer, porque en realidad sabía, o creía saber, que las metaforadas, como los demás juegos artificiales, sólo eran una forma fallida de llenar el hueco, el vacío después del Gran Premio de Composición del Conservatorio de París, en Bruselas, o el del coche de Pola, ahora, viernes por la noche en la autopista.

¿Y cómo van tus sinfonías? Ahora estoy escribiendo una piecilla para clarinete y dos pianos, pero no me sale. Estoy un poco bloqueado. Clarinete y dos pianos no es muy normal, ¿no? Pues no, Polita. En realidad nada es normal. Lo único normal eres tú. ¿Y por qué estás bloqueado? No sé, nunca me había pasado antes. Creo que es por la depresión, es como si me diera igual escribirla o no. ¿Para qué me sirve escribirla? Ya sabes que si te pones a pensar, al final nos suicidamos todos. La escribes para escribirla, para haberla escrito, para que Pola la oiga. Si luego nunca vienes. ¿Que no voy? Nadie va a tus estrenos tanto como yo. He ido con fiebre y hasta con el chipirón cuando tenía cuatro años. ¿Te acuerdas? Claro, nunca me voy a olvidar. Pola había ido al estreno de *Intervenciones en la luz* con Martín y le había contado que iban a escuchar unas canciones de Tico. Al terminar, Tico le preguntó a Martín si le había gustado el concierto. Martín dijo que sí. Al día siguiente, Pola llamó por teléfono para decirle que, ya en el coche, Martín había dicho que las canciones

de Tico eran muy aburridas. Es totalmente inolvidable, fue su primera muestra de diplomacia, dijo Tico en el mismo coche en el que Martín había dado su primera muestra de diplomacia. Todo pasa en este coche, añadió. Vivimos aquí. Yo vivo aquí, Pola. No sabes la cantidad de veces que me acuerdo de cosas que han pasado en este coche. Ésta es mi casa. ¿Qué cosas? No sé, todo. Todo no, dijo Pola, no te olvides de Inocencio. Es verdad, reflexionó Tico. Y sobre todo, ese dibujo que te pegué en la guantera y, peor aun, un billete de metro doblado que inserté en una ranura del volante y que es el ornamento más feo de la historia, el peor adorno que te han regalado, en esta tradición mía que viene de antiguo y que consiste en ofrecer lo peor a precio de oro. Lo del desayuno de Bruselas tiene antecedentes, ¿verdad? Ayer estuve en una fiesta y me aburrí bastante y deseaba estar sentado en algún coche tuyo viendo la vida pasar, viendo las ramas crecer. ¿Me entiendes un poco? No, dijo Pola.

Puso otro disco. Ahora era un concierto para un solo piano y orquesta. Exposición y desarrollo, Pola no oye la forma, pero esto es forma, contraste, juegos con la simetría; las notas son un medio, una manera de canalizar la energía, un vehículo para que entre otra vez Dios como por los vitrales de una catedral, Tico siempre se imaginaba las sensaciones que tendría la gente de aquella época, el frío, el baño una vez al mes, las garrapatas, la esperanza de vida de cuarenta años, y Dios acompañándolos en las catedrales. Las estancias vacías, llenas, el movimiento en la quietud. La dulzura del piano regresaba para no durar, era el mejor retrato de la pasión que se había hecho en la historia, del conflicto, de la hermosura perversa del sufrimiento, perversa por inocente, involuntaria, no sólo ese toque de masoquismo que también acompañaba.

Bueno, ¿me cuentas lo de tu fiesta? ¿Por qué te aburriste? No, Pola, ahora no me apetece, es Pues entonces te cuento yo la mía. Yo también estuve en una fiesta. ¿Tú, en una fiesta? En realidad fue una cena, en casa de Quique y Marina. Ah. Y hubo una conversación interesante. Hizo que me acordara de ti. Tú siempre te acuerdas de mí, dijo Tico. El cielo estaba cambiando.

Pensó que viajaban hacia el hemisferio sur. Pola empezó a relatar las aventuras de la reunión, Quique que decía que los ecologistas viven de maravilla protestando por cosas que en realidad no les importan nada, Víctor y su admiración por los que arriesgaban la vida poniéndose delante de los balleneros, Quique que contestaba que probablemente ésa sea la gente más egoísta del mundo, porque se aprovecha de una ideología para sentirse bien, todo se mezclaba con los arpegios ascendentes del piano, la lenta navegación de los contrabajos, las disonancias que habrían parecido audaces hace doscientos años, algo melancólico y placentero en el recuerdo de la chica de anoche, Lorena, Alsacia. Bueno, dijo Tico, ese dilema ya lo superamos a los trece años, ¿no? Es cierto que todos tratamos de hacer lo que nos hace sentir bien, pero no es lo mismo sentirse bien vacunando niños que gaseando judíos, ¿no? Claro, eso le dije yo. Hay un realismo abrumador en la casa de Marina, algo sucio. La suciedad es lo que está fuera de lugar, dijo Tico citando a Lord Chesterfield sin nombrarlo, el barro es sucio en la cocina, no en el jardín, mientras oía el comienzo de la reexposición a cargo de las cuerdas interrumpida por Lo importante es que la gente tenga aficiones, no importa cuáles, algo que te impulse a levantarte de la cama todos los días. No me refiero al fútbol, que te deja pasivo delante de la tele, sino a Pero Pola, el fútbol es lo que hace que mucha gente se levante Calla, ya me entiendes. El problema de Quique y Marina es que no tienen aficiones, no tienen sueños No son sueños, Pola, son identificaciones. En esa casa no hay sueños, solo hay un escepticismo brutal, y mira que yo soy escéptica. ¿Tú? Además, eso es como decir yo soy el menos competitivo del mundo, dijo Tico. Bueno, la cuestión es que empezamos a hablar de la tele, ya sabes que Quique trabaja en la tele, y preguntó si nos parecía que la programación debía regularse con algún tipo de código ético o si había que darle a la gente lo que la gente pedía. Pero ¿quién es la gente?, preguntó Tico, atento a la incorporación de la madera en un suave crescendo. Yo dije en tono irónico que me decantaba por la segunda opción porque sabía que era la suya y no quería discutir más. Víctor dijo que las

cadenas privadas podían Pero espera, ¿quién es la gente? Eso es muy importante. No sé, el público, en general, los que Ése es un dilema falso, ¿no? No hay sólo dos opciones, Polinesia. Yo, por ejemplo, no tengo tele.

Pola salió de la autopista y se metió en un pueblo. Todavía no hemos llegado, ¿no? No, dijo ella, tengo que comprar una cosa. Con lentitud, casi rozando las casas, el coche buscó una calle angosta y se detuvo delante de una puerta iluminada por una bombilla. Entraron y Pola pidió una docena de algo que Tico no llegó a entender porque la señora empezó a hablar, dijo que las había encargado su padre el día anterior, que la niña estaba muy guapa, que recuerdos a su padre. Pola pagó y salieron. Ya en el coche, Tico preguntó qué eran. Son unos dulces que hacen aquí, dijo Pola. Como unas pastas. Tico abrió el paquete y probó una. Azúcar, anís, abundante grasa. Son repugnantes, sentenció. A mi padre le gustan mucho, no sé, le gusta tenerlas. No sé quién se las come en realidad. Tico masticaba una. Alta repostería, dijo. Serán para los cerdos. O para abonar los campos, probó Pola. O para desinsectar, dijo Tico. Tienen un fuerte efecto emético en el ganado lanar, concluyó Pola. Ya estaban de nuevo en la autopista y se reían como cuando tenían veinte años.

Si ahora se acordaba tanto de Bruselas debía ser porque era la primera vez desde entonces que iba de viaje con Pola. ¿Doce, trece años? No, a la finca habían ido bastante. A otros sitios no, pero no era por eso. ¿Qué estaría haciendo Tania? ¿Tendría hijos? Habían ido a Bruselas a charlar, un amigo de Tico les había prestado la casa, tres o cuatro noches, de eso no se acordaba, sí del viaje en tren desde París, de la sensación de abandonar a Tania y quedarse otra vez solo, de recoger las llaves en un restaurante y a Pola en el aeropuerto, de las conversaciones inacabables, el dolor, no por Tania sino por él, por su incapacidad. Clara lo identificaba con los juegos artificiales, sus amigos con las chukis, su pequeño mundo profesional con el Gran Premio y todos los conciertos y los encargos, Sídney y São Paulo, pero él sabía que su característica fundamental era su escasa resiliencia: cualquier fisura se volvía abismo, cualquier cosa, todo

irreparable, Tania por una forma de gustarse, por las uñas pintadas de un color inapropiado. A la mañana siguiente, en Bruselas, se había despertado antes de que saliera el sol y se había quedado un rato en la cama, componiendo con los ojos abiertos sobre el pentagrama del techo y el traqueteo de los tranvías que atravesaban el salón. Después, sintiéndose simpático y Tiquito, había ido a buscar algún supermercado para prepararle el desayuno a Pola y había vuelto antes de que ella se despertara. Preparó un té, quemó la baguette en el horno y se dio cuenta de que sólo había comprado brie, lo que le gustaba a él. No sé, más cosas, mermelada, miel, a mí el té me gusta con leche, pero por la mañana café, ¿no lo sabías? Pola, no, él había considerado todo aquello como un símbolo. Su escasa resiliencia: unos comentarios de Pola sobre la poca importancia de las uñas y quién sabe, la belleza interior, o exterior, ya que Tania por fuera era preciosa, y otro abismo. ¿El placer de la caída? Acaso buscara caer, ascender y caer. El coche había salido de la autopista y de una pequeña carretera provincial y ahora ascendía por un camino particular, las piedras enormes bajo las ruedas, los pinos y matorrales tras el cristal, las estrellas en su imaginación por encima de ellos. Tico abrió la ventanilla aunque no hacía calor y Pola protestó vagamente antes de encender la calefacción. Sacaba una mano por la ventana, hacia las plantas, los animales del campo, la vida real, y lo malo no era Tania sino las decenas de tancias infravaloradas, desperdiciadas, su vida, el brazo extendido sin poder tocar nada. Después de Bruselas, Pola se había puesto a tener hijos y a convertir, con su existir más potente, la vida de Tico en el yermo que era hoy. Para, Tico, dijo ella. ¿Tú qué sabes?, preguntó él. ¿Qué te crees, que no te conozco? ¿Dónde estabas? No sé, dijo Tico. En todas partes a la vez. Eso es típico de ti, dijo Pola. Dices que vives en este coche pero cuando te subes, te vas a cualquier otro sitio. ¿Qué tal con Carmen? Tú no sabes lo que es mi vida, Polita. No puedes imaginártelo. ¿Te acuerdas de los domingos, de cómo eran los domingos en otra época? Es algo así, solo metido en esa habitación con el piano, con el piano cada vez más

grande, no sabes cómo es todo ese proceso. La vida entera ahí, mientras va atardeciendo, me siento al piano, escribo tres compases, me levanto, como algo, me siento, me levanto, pienso en salir un rato, me tumbo en el sillón, vuelvo y otros tres compases, miro los libros, los discos, no leo, no escucho nada, un compás más, atardeciendo, oscuro, es así todo el día, todos los días, luego hay un rato de paz antes de dormir y despertarme a las seis de la mañana. ¿Y por qué no sales un poco? ¿Sabes lo que me diría otra persona? Que de todo eso surge una música maravillosa. No, Tico, eso no tiene nada que ver. Tienes que salir un poco, ver gente, llamar a Pola. ¿Qué tal con Carmen? Te sentaba bien, ¿no? Sí, cuando puedo veo a Carmen, vamos a tomar algo y otra vez a casa, luego ya quiero que se vaya. ¿Sabes lo peor? Que cuando no estoy ahí con el piano pienso que quiero estar. Claro, es lo que te decía antes del coche. Y cuando no estoy con Carmen pienso que quiero estar, y luego se deshace todo y me quedo ahí callado. ¿Callado tú? Sí, Polita, aunque no te lo creas, yo con los mortales soy callado. O eso te parece a ti, dijo Pola.

La oscuridad ya era total cuando llegaron a la finca. Tico estaba a punto de salir del coche y encontrarse con unos perros que se acercaron ladrando con furia. Todos los perros de su vida se concentraban en esos ladridos, todos los asesinatos, raspones y golpes de su vida se precipitaron en la garganta de Tico que estaba quieto pensando, en la zona más superficial de su pensamiento, que tendría que abrir la puerta de atrás y sacar su bolsa, los perros ladran, la caravana pasa, cuando apareció la figura siempre cordial y ahora salvífica de Jaime. Con una especie de contraseña prehistórica hizo que se callaran los perros y le dio un abrazo a Tico. El campo fresco de noche, el fuego de la chimenea tras los cristales de las ventanas de la casa, los sonidos de los insectos como una bóveda, el cielo y la voz de Jaime.

—Esos perros no hacen nada, no te asustes. El que es más peligroso es Bernardo.